

LA MADRE DE FAMILIA.

AYUNTAMIENTO MUNICIPAL
MADRID

**REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.**

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
 juzguemos á propó-
sito para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y con-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
se también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mútuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
se pertenece.

23 de Febrero de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número .39

SUMARIO.

Sarai, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—La muer-
te de Jesús, poesía por D. Antonio Fernandez Grilo.
—El Camino de la dicha, novela por D.^a Ángela Gras-
si.—Sección doctrinal, por D.^a Enriqueta Lozano
de Vilchez.

SARAI.

El sol se alzaba brillante y puro sobre el cielo
azul de la populosa Jerusalem.

El ambiente templado por sus dorados rayos,
estaba á la par impregnado por el suave perfu-
me que se exhalaba de los almendros en flor, y
los limoneros que abrian sus primeros botones en
la elevada cima del Carmelo.

Por las calles de la ciudad se veia cruzar la
multitud que de cien puntos distintos se dirigia
presurosa á uno tan solo.

Todos anhelaban llegar al atrio del templo
donde un hijo de la Judea, un hombre de hermo-
sa y noble presencia, de aspecto magestuoso co-
mo los cedros del Líbano, cuya copa se alza á los
cielos, y de mirada dulce, suave y benigna co-
mo el rayo de la luna al brillar sobre un éter sin
nubes, predicaba una doctrina nueva, y enseña-
ba una nueva ley al pueblo que se agrupaba en
torno suyo.

Las palabras de aquel hombre habian extre-
mecido mas de un corazon y vuelto la calma á
mas de un desdichado, porque en ellas estaba la
esperanza, la justicia y el amor.

Y los pobres y los necesitados, y los siervos y
los esclavos, corrian á su encuentro ansiosos de
escuchar aquel acento firme al par que amoroso,
que les hablaba de un cielo, y prometia recom-
pensas eternas por una hora de sufrimientos,

por un día de resignación, recomendando á todos la humildad, el desprendimiento de las grandezas de la tierra, el olvido de las ofensas y el completo perdón de las injurias.

Los niños y los inocentes también se apresuraban á tocar la orla de su túnica, porque para ellos había en la lumbre de aquellos ojos mares de dulzuras, de delicias y de amor.

La multitud le rodeaba, como rodean las pequeñas hojas al robusto tronco que les presta sabia, y Él inmóvil, de pié, con la frente rodeada de una aureola divina y con la profunda mirada fija en el cielo, recibiendo de allí la luz con que debía iluminar el mundo, pronunciaba frases misteriosas llenas de enseñanzas sublimes y de sublimes parábolas, sencillas y grandes al par, como la doctrina que encerraban.

Aquel hombre era Jesús, que empezaba á cumplir su divina misión sobre la tierra.

La pureza, la sobriedad, la mansedumbre y la caridad, al ser ensalzadas por sus labios, cobraban nuevo encanto y formas más suaves y celestiales, arrastrando las almas y subyugándolas con su imperio.

Todos le escuchaban con atento oído, ya cuando ponderaba las excelencias del arrepentimiento y del perdón, hablándoles del Hijo prodigo, ya cuando condenaba el egoísmo y la avaricia, refiriéndoles la historia de Lázaro, ya en fin cuando sintiendo desbordarse de su seno los torrentes inacabables de su divino amor, refería con sencilla, dulcísima y consoladora frase la tierna parábola del buen pastor y de la oveja descarriada.

De pronto un rumor sordo y prolongado como el eco del trueno repetido de monte en monte, se dejó oír por una de las calles circunvecinas y todas las miradas se fijaron hacia á aquel lado, esperando la explicación del sonido extraño que así venía á llamar su atención.

Jesús, permaneció inmóvil.

Ni un leve movimiento de su augusto semblante, ni un solo pliegue de su oscura túnica alteró su aspecto magestuoso y sereno; solo el fulgor divino de sus ojos, se empañó con una expresión de profunda tristeza.

Un instante después, el tumulto se escuchó más cerca, y pudieron distinguirse algunas voces, aunque confusas, en son de enojo y de amenaza y de reproche.

Una multitud en tropel desembocó á poco en la ancha plaza, y dando gritos y haciendo ademanes que demostraban el asombro y la cólera, corrieron á donde se hallaba Jesús.

En el centro de aquel siniestro grupo, pálida,

con la túnica hecha pedazos, sueltas y en desorden las magníficas trenzas del rubio cabello, los rasgados y negros ojos llenos de lágrimas; la purpúrea boca contraída por una expresión de angustia y de espanto, una muger, una niña casi, era golpeada, empujada y obligada á preceder á los que así la maltrataban.

—Muera, muera, gritaban de todas partes: cúmplase en ella la ley de Moisés; muera á los golpes de las piedras que le arrojemos, sufra el castigo de su adulterio.

La joven perseguida de aquel modo, y vilipendiada por aquella terrible multitud, parecía próxima á desfallecer, y aun corría y corría con el seno palpitante y los brazos extendidos, como implorando misericordia.

Ninguno, sin embargo, tenía compasión de ella: ninguno la tendía una mano salvadora ni murmuraban á su paso una palabra de consuelo, una frase de conmiseración.

La infeliz iba á perecer á manos de la fiera muchedumbre, cuando sus ojos, anublados por el terror, se encontraron con los ojos de Jesús, que en aquel instante fijaba en ella una mirada de compasión.

¡Oh! ¿qué pasó entonces en el alma de la triste Sarai? ¿Quién puede adivinarlo!

Pero la esperanza ya perdida reanimó su corazón. Sintió que su seno se animaba con un sentimiento nuevo y desconocido, en el cual se mezclaban el arrepentimiento de su falta y la confianza de su perdón.

Recobró las fuerzas, recobró la palabra entorpecida antes por el desaliento, y corriendo con paso rápido sin que ya nadie la impulsase, llegó hasta donde aun de pié, permanecía Jesús, cayendo ante Él de rodillas y gritando con afán:

—Sálvame, sálvame! ten piedad de mí.

Antes que Aquel á quien la joven imploraba misericordia pudiera responder á su súplica, un hombre se adelantó á los demás que la maltrataban, é intentando arrancarla de aquel sitio:

—Es fuerza que recibas tu castigo! exclamó; tu falta no puede quedar impune: sería abrir á nuestras mujeres un camino de perdición.

—Sí, sí, gritaron algunos otros, animados por aquellas palabras, la adúltera debe morir.

—Piedad! murmuró la infeliz, cogiendo la orla de la túnica de Jesús, piedad! mi culpa no es tan grave; yo.....

—¿Qué vas á decir, miserable mujer; que vas á decir en tu defensa? exclamó el que había hablado primero.

—No me defiende, gimió ella, es que pido misericordia.

Jesús alzó su mano izquierda y la colocó sobre la cabeza inclinada de Sarai, conteniendo con este ademán á la turba que la acusaba, mientras con la derecha trazaba algunas palabras sobre la arena que tenia á sus piés: pero su labio permaneció mudo.

—Como! murmuró el mas desapiadado de aquellos hombres. Cómo, ¿la vas á defender? tú que predicas la pureza? te pondrás ahora de parte de la impudencia? tú que condenas el pecado ¿excusarás ahora á la pecadora?

—No; dijo sencillamente Jesús con su reposado y tranquilo acento; no la defiende.

—Entonces....

Jesús, señaló con el dedo las frases que habia escrito sobre la arena y repitió con solemne acento.

—Decís que esta mujer á sido culpable y que os asiste el derecho de castigarla: aquí la tenéis, pues. El que esté sin pecado que arroje sobre ella la primera piedra!

Y separándose á un lado con un ademán lleno de grandeza y sublime magestad, dejó sola y arrodillada aun en medio de la plaza á la triste Sarai, que azorada y trémula ni aun tenia fuerzas para levantarse.

La muchedumbre que acogiera con avidez y júbilo las primeras frases de Jesús, quedó asombrada y suspensa al escuchar las postreras.

Los que antes figuraban en primera línea para pedir el castigo, se replegaron hacia atrás intentando dejar la iniciativa á los que venian en pos, y estos á su vez, imitando el ejemplo, tambien se retiraron, ensanchando insensiblemente el círculo que formaban alrededor de la pobre Sarai.

Poco á poco, y como empujada por un poder superior, la turba se diseminaba como las nubes se disipan ante los brillantes rayos de un esplendido y puro sol.

En los labios de Jesús vagaba una dulce y triste sonrisa, y al ver la plaza desierta se aproximó á la jóven, que le miraba con asombro y gratitud, oprimiendo aun con sus manos cruzadas el agitado y palpitante seno.

—Mujer, le preguntó, ¿en donde están tus acusadores? ninguno á puesto sobre tí la mano?

—Ninguno, Señor, contestó ella con acento medroso y tímido. Oh! por tí quizá me han perdonado, por tí veré lucir el sol de mañana, por tí mi anciana madre no tendrá que morir de dolor!

Al decir estas palabras, Sarai se inclinó mas aun para besar, deshecha en lágrimas, la tierra en que se apoyaban los piés de su salvador!

—Tambien tu padre que está en los cielos, murmuró este con voz suave y tristísima, tambien tu padre que está en los cielos se aflige con tu culpa y sufre con tu extravío, yo te perdono en su nombre, yo te perdono! pero no vuelvas á pecar!

La jóven sintió dentro de sí un dolor terrible y violento que lastimaba su corazón, mas quizá que las amenazas y los insultos de la plebe enfurecida.

Las lágrimas corrieron en ancho raudal por sus pálidas mejillas y los sollozos, levantando su pecho, ahogaron la palabra que de sus labios iba á brotar.

—Por qué lloras, si estás perdonada? la preguntó Jesús con bondad.

—Ay!, respondió ella con acento doliente y apenado, lloro por mi pasada culpa, lloro por mi fatal extravío, lloro porque el arrepentimiento se anida en mi pecho desde el momento en que oí tu voz!

En aquel instante una anciana cuyo paso hacian trémulo los años, y quizá mas aún la desesperacion y el dolor, apareció en medio de la plaza, y al ver á Sarai corrió hacia ella con un afán imposible de describir.

—Mi madre! gritó esta, cuando la tuvo á su lado, mi madre aquí!

—Viva aún! exclamó la anciana, viva aún, cuando pensé hallar tan solo tu cadáver destrozado y sin vida! Oh! no me engaño: no: eres tú!

Y delirante y loca, estrechaba á Sarai entre sus brazos, apretándola contra su seno, como si temiera que todavia vinieran á arrancarla de allí.

—Mira mi salvador, madre mia, murmuró la jóven, extendiendo su mano hacia Jesús, mira mi salvador y bendícele tú tambien.

La anciana levantó los ojos hacia Él, y exclamó con expresion de inefable gratitud:

—¡Feliz el seno que te ha llevado, y felices los pechos que te han podido alimentar!

—Mas felices, respondió Jesús, mas felices los que oyen mi palabra y la practican, porque yo soy el camino y la luz, y el que me siga no morirá!

Y dichas estas palabras se alejó lentamente, dejando á las dos mujeres estrechamente abrazadas, y subyugadas por su voz.

(Se concluirá)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUERTE DE JESÚS.

*Detente, humanidad; póstrate, mundo!
el Dios inmenso que en el sol se asienta;
el que hace hervir al piélago profundo
con el soplo voraz de la tormenta:
el que brilla magnífico y sereno
sobre las cumbres del azul palacio
y de grandeza lleno
esclaviza la mar y acalla el trueno
pendiendo el iris por el ancho espacio;
el que pobló de estrellas
su rico Eden, cual refulgente coro,
adornando con ellas
del firmamento las alfombras bellas,
como en azul jardín flores de oro;
el Hijo de María,
pendiente de una cruz y ensangrentado,
del pueblo entre la ronca gritería,
turbando el mar y oscureciendo el día,
acaba de morir crucificado.*

*Humíllate, mortal; la sangre pura
que hirviendo corre y en la Cruz gotea,
hierve también en tu conciencia oscura;
póstrate y calma tu dolor profundo,
tu triste error y tus pecados llora;
vierte llanto fecundo,
que hasta la inmensa redondez del mundo
es pobre altar para el que á Dios adora.
Abre á la fé, cual rico santuario,
tu corazón doliente;
la sangre de Jesús desde el Calvario
irá rodando á salpicar tu frente;
Dobla la altiva sien; rómpase el grito
de tu inmenso dolor, y avergonzado
haz que se borre, ante la Cruz postrado,
la mancha de tu bárbaro delito.*

*Con pabellón de nubes enlutada
la bóveda del cielo aparecía,
y en la tierra, de crímenes preñada,
la sangre del Señor corre mezclada
con las lágrimas puras de María.
El mar levanta furibundo grito,
ruge el abismo entre su fondo oscuro,
y cual sordo volcán del infinito,
el cráter rompe de su inmenso muro.
¡Quién, ¡ay! descubre su insondable arcano!
¡Quién su cólera enfrena,
si está enclavada la potente mano
que humilló la altivez del Océano
con leve cinta de menuda arena!
Gimiendo el aura va de risco en risco,*

*y de tristeza lleno,
sepulta el sol su refulgente disco,
al eco ronco de la voz del trueno,
pálida sobre el Gólgota la luna
apaga sus medrosos resplandores,
y en el valle gentil, de flores cuna,
tiemblan de horror las moribundas flores.
En los azules velos dilatados
no brillan las estrellas,
¡y cómo han de brillar, si están cerrados
los ojos adorados,
donde su blanca luz bebieron ellas!*

*Como niebla flotante
que del seno del mar trémula sube
blanca bordando, convertida en nube,
de los espacios el dosel brillante;
como el suspiro temeroso y vago
que arranca el viento al declinar el día
del bosque melancólico y del lago;
como la débil voz desgarradora
que en el hogar del trovador doliente
despide un arpa que temblando llora,
así con dulce y apacible calma,
en éxtasis de amor adormecida,
hoy á los cielos se levanta el alma
lejos de las tormentas de la vida.*

*Señor, tu cabellera
es el rayo del sol; tu régia planta,
al recorrer los mundos, de la esfera
polvo de estrellas sin cesar levanta;
tu mirada es la luz con que ilumina
el rosicler del iris las alturas;
tu plegaria es la tarde que declina
por las desiertas bóvedas oscuras.
Tú revistes de púrpura y de plata
el denso cortinaje de la bruma,
y desplomas la ronca catarata
con los doseles de su blanca espuma.
Nubes de azul, de rosa y de amaranto
pintan los aires de tu eden fecundo,
y en cada pliegue de tu augusto manto
despierta un sol y se levanta un mundo.
¡Y Tú vas á morir! Vuelquen los mares
sus turbias ondas en terrible guerra,
devorando los senos de la tierra
y subiendo del sol á los altares.*

*Quebrántense los pueblos dilatados
al grito de las aguas cristalinas;
húndanse por los aires dibujados
esqueletos de torres levantados
en pedestal de lóbregas ruinas;
esconda el sol sus rayos refulgentes
de eterna noche en el abismo yerto,
y torcidas cadenas de serpientes*

arrastre el hombre en áspero desierto,
antes que en medio de la Cruz sagrada,
y del viento à los fúnebres cantares,
espíre El que en las sombras de la nada
hizo rodar los mundos y los mares.

¡Y has de morir! Las riendas de tu mano
no detendrán entonces la carrera
del indómito y fèrvido Océano;
no flotará en los aires la bandera
de los rayos del sol; los huracanes
romperán los abismos de los montes
donde tienen su cárcel los volcanes.
Se arrastrarán con impetu bravo
torciendo el cauce y hácia atrás rodando
el golfo hirviente y el revuelto río.
¡Vas á morir! Levántanse las nubes,
cuál un suspiro del callado suelo,
y gimen como voz de los querubes
las arpas de las vírgenes del cielo.
Dejad que el viento por el mundo ruede,
que el mundo se estremezca en su ruina,
es porque el mundo sostener no puede
el peso santo de la Cruz divina!

Vedle subir la fúnebre garganta
del seco peñasal; mirad las rocas
partirse con la sangre de su planta;
contemplad tras el lóbrego horizonte
el sudario de nieblas que se agita,
y ved alzarse en el augusto monte
el cadalso de un Dios, la Cruz bendita.

¡Piedad, Señor! La plebe turbulenta
en ronca y destemplada algarabía,
con sorda calma tus suspiros cuenta,
observando en tu faz amarillenta
descomponer tu frente la agonía.
Los vientos perezosos de la tarde
enjuran el sudor ensangrentado
que gota à gota en tus mejillas arde.
Mudo tropel de errantes golondrinas
te cubre con sus alas,
y arranca de tu frente las espinas.
¡Vas á morir, Señor! cárdena espuma
en hilo frágil por tu labio ondca.
¡Cuanta fatiga tu semblante abruma,
y cuánta sangre de la Cruz gotea!
Inclinase tu frente dolorida
y la luz de tus ojos te abandona.
¡A Tí, que en la mañana de la vida
le diste un sol al mundo por corona!

Si, muerto está! con alas de crespones
avanzan las tormentas
del cielo en los oscuros pabellones.

Rompe el volcan las cóncavas entrañas
de su cárcel de fuego,
cual monstruo que extremece las montañas:
por los valles umbrios
perdidas bullen las sonoras fuentes,
los golfos, las cascadas y los ríos;
quiebra la mar sus ásperas cadenas,
y encajes de relámpagos arrastra
corriendo mas allá de las arenas.
En las nubladas bóvedas medrosas
el sol apaga sus hogueras puras,
Y en sorda convulsion saltan las losas
de las calladas hondas sepulturas;
se estremecen los polos en la esfera
y la creación palpita quebrantada,
cual si de nuevo el mundo se perdiera
en los yertos abismos de la nada.
¡Murió el Señor! con fúnebre agonía,
las arpas de Salem gimen su duelo,
y los ángeles cantan en el cielo,
y à los piés de la Cruz llora María.
Quebrada luz los horizontes dora;
el cadáver de un Dios cubre el sudario
la santa Virgen à sus piés lo llora,
y de los mundos la oración sonora
los funerales canta del Calvario.

Apagado rumor, eco salvaje,
voz que extremece de Salem el muro;
águilas que empapais vuestro plumaje
sobre los bordes del Cedron oscuro;
luna cansada que en la noche umbria
palidece desierta y moribunda
en la cima del Gólgota sombría;
huerto de la oración, bosques secretos
que llorais tras las lóbregas cañadas;
cárdenos y amarillos esqueletos
de nubes por los aires desgarradas;
últimos, desmayados resplandores
del sol poniente que à lo lejos arde,
cisnes, que sois los tristes trovadores
de la orilla del mar, allí en la tarde,
conservad las dolientes melodías
que se agitaron en el alma inquieta,
y recoged las muertas armonías
que nacieron del arpa del poeta.

ANTONIO FERNÁNDEZ GRILLO.

EL CAMINO DE LA DICHA.

NOVELA ORIGINAL.

(CONCLUSION.)

Cuando volvió con Petra, halló al huésped dulcemente entretenido con la charla de sus hijos.

La hermosa jovencilla de otro tiempo se había convertido en una hermosa matrona. Petra recibió al forastero con tanta cordialidad y agasajadora finura, que éste quedó completamente embelesado.

La cena fué alegre. Cuando Gerardo se levantó para retirarse á su aposento, dijo á Juan con entusiasmo;

—Vuestra esposa es un angel, vuestra hija mayor es encantadora, vuestros hijos son unos jovencillos prudentes y entendidos.... ¡Oh! cuán bien, cuán bien debe pasarse aquí la vida!

Aunque los sueños que le embargaron durante la noche fueron gratos, Gerardo se despertó muy temprano y se asomó á la ventana.

El alegre sol de Mayo devolvía su lozana frescura á las plantas abatidas por la tempestad del día anterior. El paisaje era delicioso.

—¡Oh! ¡qué bello y sorprendente panorama! exclamó el viajero: ni los vírgenes bosquecillos de la América han ofrecido nunca á mis ojos un encanto más suave que esos bosques lozanos y floridos que cubren las laderas.... ¡Que silencio, qué majestad! ¡En ninguna parte han visto mis ojos un cuadro tan poético y apreciable!... ¡No sé, tal vez las gratas impresiones que han producido anoche en mi alma esta familia patriarcal, son las que cubren con un mágico prisma estos contornos!...

Pero he ahí á los dos hijos mayores, que están preparando sus mulas para salir al campo... he ahí á los dos pequeñuelos, que reúnen su rebaño! ¿Quién está en el huerto recogiendo en su cestita los frutos aún cubiertos de rocío? ¡Ah, es Teresa! ¡Qué niña tan dulce y encantadora! ¡Qué inocencia, qué paz resplandece en su semblante!

¡Ahí está la madre, dando con voz suave y melodiosa sus órdenes á los criados: parece una reina en medio de su corte. ¿Qué es esto? ¿en dónde estoy? ¿Pertenece estos seres á la comun raza

de los hombres tan turbulentos, tan inquietos.... tan sórdidos y avaros?...

Pero he ahí á Juan.... viene corriendo y trae unos papeles en la mano....

En efecto, Juan entraba por la puerta del patio, bañado en sudor, y gritaba á sus hijos....

—Quitad el arado, dejad descansar las mulas, y vosotros confiad el rebaño á Tomasillo. Hoy es día de fiesta para nosotros, y debeis permanecer aquí para obsequiar á nuestro huésped. Teresa, vé á ver si se ha levantado, y dile si quiere dar una vuelta conmigo ántes de almorzar.

Cuando la niña, encarnada como una cereza, llegó al umbral del aposento de Gerardo, éste la salió al encuentro, diciéndola mil frases lisonjeras.

Gerardo era un hombre de cuarenta años, pero de gallarda apostura, rostro hermoso y finísimos modales.

—¡Oh! si me atreviese á ir á ofrecer un ramo á la Virgen! pensaba la sencilla niña mirándole furtivamente mientras bajaban la escalera.

Juan condujo al huésped á visitar todas sus posesiones, haciéndole notar, con minuciosa escrupulosidad, el partido que se podía sacar de cada una.

A su vuelta hallaron la mesa puesta bajo el emparrado del jardín, y el almuerzo fué tan alegre como había sido alegre la cena.

Gerardo se sentía embelesado; le parecía renacer á nueva vida; todos brindaban por él, todos le dirigian palabras de cariño.

Acabado el almuerzo iba ya á levantarse de la mesa, cuando Juan le dijo sonriendo:

—Falta aún el mejor postre, señor mio.

Petra se levantó y volvió casi al instante, trayendo en una bandeja un bolsillo vacío y los papeles que Gerardo había visto en manos de Juan por la mañana.

Este se levantó y dijo con tono solemne;

—Ayer decíais que os faltaban bendiciones, é ignorabais que aquí, en este rincón del mundo, todos los días rezábamos por vos, todos los domingos hacíamos decir una misa para que Dios os colmase de ventura....

¡De rodillas, hijos, de rodillas! Este es nuestro bienhechor desconocido!... ¡Este es aquel á quien os enseñaba á amar desde la cuna!...

Los niños se arrojaron de rodillas; Petra se inclinó sobre aquel grupo encantador, puestas las manos sobre las cabezas de los dos más pequeños, y dijo con dulzura:

—A vos os lo debemos todo: la educacion de nuestros hijos, la paz de nuestros viejos dias....

—Yo encontré á los piés de la Virgen el bolsillo que perdísteis hace quince años, dijo Juan. Entonces yo era pobre, muy pobre. Os buscamos por todas partes sin poder hallaros, y el buen cura, que está ya en el seno de Dios, me aconsejó que comprase algunas tierras. La proteccion del cielo y mi trabajo las han fecundado.... he hecho algunas economías sobre el capital, y estas, si lo permitís, serán la herencia de mis hijos... Lo demás os pertenece: he aquí la escritura que lo acredita. Esta casa, esos campos, esas viñas, todo cuanto hemos recorrido juntos es vuestro.... ¡Vuestra es tambien nuestra eterna gratitud, vuestro el eterno amor que os profesan nuestras almas!...

Gerardo no pudo responder: el llanto le sofocaba.

Aquel sublime rasgo de honradez, llevado á cabo con tan sencilla delicadeza, llenaba su alma de admiracion y entusiasmo.

Pero pasado el primer momento de estupor, se abalanzó á la mesa, cogió la escritura y la hizo pedazos.

—¡Oh Virgen salvadora! exclamó con efusion; ¡en un milagro envolviste dos beneficios! ¡La pérdida de aquel bolsillo me volvió á la senda del bien, y su hallazgo premió la virtud de un hombre honrado! La Virgen os lo ha dado, Juan, á ella la debeis vuestro agradecimiento. ¡Yo no quiero nada, nada, más que vuestro afecto!

Gerardo hablaba así, sofocado por las lágrimas, y con lágrimas le respondió la venturosa familia.

Aquel dia fué un verdadero dia de júbilo para todos, y en particular para Gerardo, que habia dado la vuelta al mundo para buscar la dicha, y la hallaba escondida entre montañas.

Era tal su alborozo, que quiso costear una funcion de gracias á la Virgen, la cual debia celebrarse en la misma ermita.

La aplazaron para el domingo, y con esto hubo una verdadera revolucion en Bañeza, porque todos querian concurrir ostentando sus mejores galas.

En la mañana del gran dia, Teresa se levantó muy temprano, corrió al jardin, cogió las flores más bellas, y cuando fué con sus padres á la ermita, se adelantó algunos pasos y arrojó furtivamente su ramo al hoyo venerado.

La funcion fué magnífica.

Al salir de la ermita, Gerardo, que iba entre

Petra y su marido, les dijo sonriendo:

—Ya sabeis que soy muy rico, y que en las ciudades me esperan mil placeres; pero si vosotros quisiérais, no volveria á trasponer el círculo de estas montañas. Compraria aquí algunas fincas, y viviria entre vosotros, procurando imitar vuestras virtudes.

—¡Ah señor! exclamaron Petra y Juan á la vez, ¿qué podemos hacer para conseguirlo?

—Unirme á vosotros por un lazo indisoluble. ¡Dadme á Teresa por esposa!

La niña, que iba á pocos pasos de distancia, soltó un grito de alegria. La Virgen habia aceptado su ofrenda, ¡el milagro estaba hecho!

Si visitais ahora el pueblecillo de la Bañeza, y sobre todo, si lo visitais en un domingo, vereis á la derecha, situada sobre una eminencia una hermosa casa de campo, ó mas bien un palacio, en cuyo patio se agrupan los pobres despues de misa, y en medio de ellos á Juan y Petra, rodeados de su yerno, de sus hijos y de los hijos de sus hijos, todos afanados en repetir la caridad á manos llenas.

Desde que ellos son la Providencia del pueblo, la miseria y el desconsuelo son nombres que nada significan, Aquí es un padre de muchos hijos á quien adelantan trigo para la sementera; allá una mujer que los bendice por haber recibido los jornales de su marido enfermo; más allá un anciano, que les debe el descanso de sus viejos dias. A todos tienen algo que dar: al vicioso le amonestan, al triste le consuelan, al desvalido lo socorren, y por esto todos los bendicen, y no hay ecos, no hay armonías que al llegar á su puerta no murmuren bendiciones....

Cuando Juan enseña á algun forastero su magnífica casa, sus numerosos rebaños, sus dilatadas posesiones, ó cuando le hace el retrato de su santa mujer, que es el alma de todo esto, siempre añade con una sencillez admirable:

—Dos cosas me han producido tantas felicidades: repartir mi escaso pan con un huerfanito, y devolver lo que era suyo á su legítimo dueño!

ÁNGELA GRASSI.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—¿Que dice ese hombre? exclamó la ciega con anhelo ¿que una joven... pero ¿quién es? ¿quién es?

—Bah! señora, contestó el interpelado sin alterarse, no se cuide V. de eso, segun dicen poco se ha perdido, ni tendrá que llorarla ninguna persona honrada.

—Vámonos de aquí, murmuró Julia con angustia presintiendo algo terrible, algo que la helaba de espanto, y ahelando, sobre todo, llevarse á su madre cuya mano temblaba convulsivamente apoyada en su brazo.

Pero antes que tuvieran tiempo de huir, la gente se adelantaba corriendo para ver mejor un espectáculo bien triste y bien horroroso por cierto.

En una camilla del hospital, que sin duda habian traído con anticipacion, descubierta, con el semblante descompuesto, con las ropas empapadas de agua, con los cabellos chorreando y medio extendidos por el rostro: pálida, hinchada, ahogada en fin, llevaban á una mujer.

Julia, atraída por un poder irresistible, miraba con afán, y queria separar sus ojos de aquel grupo, y sin poder evitarlo, y en contra de su voluntad, sus ojos se fijaban mas, cuanto mas intentaba apartarlos de él.

La infeliz madre sentia el temblor que se habia apoderado de Julia, y escuchaba el menor rumor, la mas insignificante palabra, con la mayor atencion reconcentrando en el oído toda la vista de que carecia.

De pronto los que formaban aquel triste cortejo cruzaron tan cerca de ellas que casi las rozaron las ropas.

El cadáver de la mujer ahogada llevaba una mano colgando. Julia reconoció aquella mano por una sortija que habia podido ver muchas veces! Aquella infeliz era su hermana!

—Su hermana! exclamó Julieta mirando á su abuela con angustia.

—Sí, hija mia, dijo la Marquesa de la Fé; la desdichada despues de una vida de miseria y ayebción, habia recurrido á una muerte horrible para librarse de su infortunio. Así lo decia en un papel que hallaron en la orilla del canal, envuelto en un pañuelo que la habia pertenecido.

—Que decia?

—Que no habiendo sido acostumbrada á trabajar en su niñez y sí á estar rodeada de mimos, no podia ganar la subsistencia, ni tolerar la existencia de privaciones, de miseria y perdición que la rodeaba.

—Dios mío! pero matarse.....

—Hasta ese fatal extremo conduce una mala educacion.

—Pero ¿no podia haber vuelto con su madre? no podia, sobre todo, haber pedido mucho que la perdonase, y Dios la hubiera amparado?

—Sí, hija mia, pero no lo hizo porque el orgullo y la soberbia que la habian dominado siempre la cegaron tambien entonces.

—Y su madre?

—Ay! la infortunada lo supo todo. Por mas que la buena Julia trató de dominarse, fué tal su dolor y su espanto al reconocer á su hermana en la culpable sui-

cida, que cayó desmayada en brazos de su esposo y antes que este tuviera tiempo de separarla de allí.

Cuando volvió á la vida estaba en su casa rodeada de amor y cuidados pero aun la aguardaba un nuevo pesar.

—Cual? preguntó Adolfo con interés.

—El de ver á su madre sumida en un completo idiotismo. El golpe que recibió al saber la suerte de su hija mas amada, fué tan rudo, que mató su inteligencia y la tornó en un ser inútil y nulo! Quizá esto fué un beneficio, pues la libró del punzante torcedor del remordimiento, que hubiera convertido su vida en un martirio sin fin.

—Oh! bien la castigó Dios, abuelita, dijo conmovida Julieta, que era quien en su inocencia interrumpia mas á la Marquesa.

—En este mundo, niña, sufrimos por lo general las consecuencias de nuestra buena ó mala conducta. Aquella mujer fué muy culpable en no cumplir dignamente la mision que Dios la confió al hacerla madre, y esto fué todo. Mil veces se acusa á los hijos de faltas producidas por una mala educacion y de las cuales no son responsables. De todos modos, la religion cristiana presta un gran auxilio á las madres de familia para llevar sus deberes. Acostumbren estas á sus tiernos hijos á reconocer en todo el poder de Dios, y á acatar su voluntad divina, y tendrán la mitad del trabajo hecho. En los primeros dias de su vida al negarles algo, al corregirles cualquier defecto, díganles de un modo sencillo pero grave. «Dios no quiere esto, Dios se ofenderia si lo hicieras.» Déle con su propia conducta el ejemplo, repitiéndoles alguna vez, «yo tengo que obedecer al Señor y por eso me privo de este ó el otro gusto.» El niño que oye esto, se habituara á saber que hay una voluntad superior á la nuestra, y á cual debemos obedecer, y facilmente y sin violencia se conseguirá que sea humilde y obediente, por el temor de ofender á Dios. Y siendo humilde y obediente un niño ¿que no se puede conseguir de él.

En fin, amigos míos, tomemos por norte y maestra á la purísima Virgen María, ofrezcámosle nuestros hijos con una santa intencion, y ella nos dará auxilio para guiarlos en este mundo, puesto que fué la reina de las madres. Ahora dejemos para mañana nuestra leccion, es tarde ya y nos hemos detenido demasiado hoy: despidámonos pues hasta otro dia en que nos toca hablar del quinto mandamiento.

Todos se levantaron y se despidieron de la noble señora que tambien sabia emplear el tiempo, dispuestos á seguir sus consejos y á consultarla en todos sus asuntos.

Rosita, la hija del señor Nicolás, se aproximó á su padre y le dijo en voz baja.

—Yo tambien vendré mañana, ¿es verdad padre mío?

—Si te empeñas... respondió el colono que amaba á su hija con delirio, si te empeñas puedes venir todos los dias.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.